



oces e imágenes del papel sobre la Guerra de los Mil Días.

Las memorias de
Max Grillo y
Lucas Caballero

Jorge Isaac Ortiz Arboleda¹

¹ Historiador. Miembro del grupo de investigación Kultur, Departamento de Historia, UdeA. Docente de cátedra de la Universidad de Antioquia y de otras universidades del Área Metropolitana. En la actualidad, realiza estudios de maestría en Historia. Correo: luteca@gmail.com

El artículo tiene como objetivo recuperar la voz de dos actores principales de la Guerra de los Mil Días, quienes desde ópticas diversas rinden cuenta desde sus peculiares recuerdos de la conflagración bélica, para lo cual usan recursos analíticos literarios y en ocasiones se mezcla lo estrictamente político militar con lo social y cultural. Se destaca en este escrito el papel que cumple la literatura, los medios de comunicación y la fuerza que tiene la opinión pública como referentes imprescindibles para comprender las guerras.

Palabras clave

Memorias, Literatura, Liberalismo, Opinión pública, Intelectuales.

I Al final de «Las palabras de la guerra», el artículo publicado a comienzos de este siglo con el que esperaba concitar el interés de la escena académica regional a propósito de un libro en el que por cierto se compendiaban análisis, reflexiones y esfuerzos comprensivos sobre el conflicto armado y las violencias en Colombia, un tema que la había ocupado por muchos años y en torno al cual había venido brindando luminosas y desafiantes perspectivas y planteamientos para acercarse al caso, María Teresa Uribe de Hincapié manifestaba:

Probablemente esa es la razón para interrogar el presente desde el pasado, para reconstruir las huellas dejadas por las guerras civiles en los imaginarios del presente y preguntarse si entre ellas y los conflictos actuales existen hilos de continuidad y pervivencia, ecos, repercusiones, repeticiones distinguibles o, por el contrario, divergencias tan marcadas, tan drásticas y radicales que no ameritarían ningún ejercicio comparativo. Es poco posible encontrar todas las respuestas, pero quizá el registro narrativo pueda arrojar muchas luces y aportar algunas claves para esta búsqueda perpetua (Uribe de Hincapié, 2004, p. 34).

Justo ahora, próximos a conmemorar 120 años de la guerra civil que despidió el siglo XIX y dio la bienvenida al XX, la invitación de esta investigadora social resulta persuasivamente impostergable. Conviene, eso sí, advertir que para su aplicación cobra forma en una ruta modesta, pues se trata de comenta-

¿Muestra acaso, bajo la superficie de tensiones que también palpitaban e insuflaban vida a decisiones, pensamientos, acciones y sentimientos en el escenario de la guerra? Aunque solo se trate de dos preguntas, responderlas exige adoptar una actitud y conciencia históricas.

rios y notas de reflexión provenientes solamente de dos memorias sobre esta guerra civil escritas por un literato y un político. Pero, hechas estas salvedades, no es exagerado afirmar que representan una oportunidad de visitar el fenómeno de la guerra con cuestiones que implican cierto interés para el lector universitario y para el más desprevenido ciudadano que, en algún momento, quisiera acercarse al complejo entramado histórico de la sociedad, la política y cultura colombianas. Las siguientes líneas, por tanto, se enmarcan en este horizonte y esperan brindar elementos básicos, por lo menos, con los

cuales advertir en el futuro la configuración de una multiplicidad de voces e imágenes letradas que han participado en la construcción, a lo largo de nuestra vida independiente, de una Colombia en la que se anudan las ideas de nación y de guerra, para utilizar una fórmula específica de María Teresa Uribe de Hincapié.

II

Oriundos respectivamente del centro y nororiente del país, nacidos ambos en la década del sesenta del siglo XIX, conectados ambos con círculos de pensamiento y acción liberales que marcaron de forma significativa los destinos del país en esos años sesenta y hasta mediados de los ochenta, con el proyecto denominado federalista —al final del cual entraría en vigencia una concepción de la política completamente opuesta: la regeneracionista, de extremado cuño conservador—, el caldense Maximiliano Grillo (1868-1949) y el santandereano Lucas Caballero (1869-1942) coincidieron en la hora y el lugar de la confrontación bélica más temida y sangrienta de las que conoció esa centuria². Los estudiosos señalan que, de las nueve grandes guerras que marcaron ese siglo, exclusivamente en la última, la de los Mil Días, se contabilizaron cien mil muertes (Patiño, 2010a y 2010b), pero no debe soslayarse que el total seguramente fuera mayor si se piensa en el subregistro.

De igual modo, Grillo y Caballero convergieron en la elección de su formación universitaria: Derecho, la cual realizaron en la capital del país, en centros universitarios diferentes y de creación reciente: el caldense en la Universidad Nacional de Colombia —que empezó funciones en 1867, en plena época federal—,

mientras Caballero egresó de la Universidad Externado de Colombia —surgida en 1886 como consecuencia de la puesta en marcha de la reacción conservadora que cobró vida en la Regeneración—. Precisamente, desde Bogotá emprenderían viaje hacia tierras santandereanas para participar en la guerra, que principió el 17 de octubre con un pronunciamiento de alzamiento armado por parte de los líderes liberales de la región en contra del gobierno de aquel entonces.

Inclusive, vale la pena mencionar en este punto otra característica común en sus periplos vitales: tanto Grillo como Caballero se sumarían a la guerra para ejercer cargos de alto rango desde su comienzo. Aquel al mando de Rafael Uribe Uribe; este, a las órdenes primero de Gabriel Vargas Santos, y, después del primer capítulo de la confrontación librado en tierras santandereanas, estaría siempre siguiendo y apoyando a Benjamín Herrera hasta el final de la guerra y la firma misma del armisticio. Estos tres últimos que se mencionan se trenzaban en conversaciones y discusiones, y, en una palabra, estaban en contacto permanente; circunstancia que no hace imposible que a sus reuniones terminaran concurriendo también Grillo y Caballero.

No obstante, en sus relatos no se menciona la presencia, así fuera ocasional y fugaz, del otro. El porqué de este silencio, así como el que una lectura crítica y atenta de tantos otros testimonios y memorias sobre la Guerra de

² Los datos biográficos de Lucas Caballero se han extraído de Garrido (2007). En el caso de Max Grillo, como fue conocido en los distintos escenarios, entre periodísticos y literarios, en los que se desenvolvió, nos hemos basado en información de su vida tomada de Rodríguez (2008).

los Mil Días y otras pugnas civiles suscitaría en lectores inquisitivos, hace parte de las estrategias de indagación en nuestros días de este tipo de productos de la cultura escrita. ¿Muestra acaso, bajo la superficie de tensiones, que también palpitaban e insuflaban vida a decisiones, pensamientos, acciones y sentimientos en el escenario de la guerra? Aunque solo se trate de una pregunta, responderla exige adoptar una actitud y conciencia históricas —como diría José Luis Romero en *Vida histórica* (2008), tan potente como vigente— con las cuales volveríamos sobre el decurso para la nación colombiana de la centuria decimonónica, y no solo en la vida política, pues nos exigiría mente y ojos abiertos para identificar las relaciones o conexiones existentes entre aquella y los demás ámbitos: economía, sociedad y cultura. En tanto confluyan en ellos grupos humanos e individuos es nuestra tarea —nada sencilla, pero sí muy lúcida y pertinente— reintegrar la dimensión humana en su riqueza y complejidad.

III

En *Emociones de la guerra* (2008), el tono que asume Max Grillo para relatar la campaña liberal en la región de los santanderes, que ocupa el último tercio del año 1899 y hasta mediados del siguiente, lo revela como un hombre de letras más que como un hombre de la arena política. Se escribe a partir de una inusual mezcla entre las preocupaciones y aventuras estéticas y el sentido o propósito convencionalmente asignado a este tipo de literatura autobiográfica. Grillo, traspasado el meridiano de sus

memorias —construidas en veinticuatro capítulos—, revela que previamente estuvo registrando todo el acontecer de la guerra en un diario de campaña. Pero este es solo un insumo que luego es completamente revestido con el ropaje literario.

En *Emociones de la guerra* se presenta la historia de un grupo de jóvenes amigos: Jorge Peralta, Luis Olano y Carlos Ríos, provenientes de Bogotá, beneficiarios de una educación que les permitía discutir sobre el devenir nacional con pretendida suficiencia de criterios y bagaje cultural muy de estirpe europea —de acento francés, como era propio de la época—, ofreciéndose al posible lector como un camino a través del cual podrá conocer la confrontación entre los nobles ideales políticos y la crudeza y el envilecimiento humanos cuando la vida se ve arrojada a la guerra a muerte; la admiración de ciertas personalidades, elevadas casi al nivel de héroes, confrontadas con pasiones y defectos tan humanos; la degradación e irrespeto que, aparentemente, autorizan las armas y a las que recurren sin reato los ejércitos de ambos bandos, y, en especial, la sensación de que la guerra, aunque experiencia humana universal —y de la que los colombianos, por hacer parte del género humano, no estaban exentos—, es pródiga en amargos y dolorosos sinsabores, en terribles contrariedades que las páginas memorables de la historia escrita omitieron también registrar.

A través de los ojos de Peralta, por ejemplo, los lectores sufren expectantes desde el principio aquello que podría tomarse como una historia de suspenso, al intentar este joven narrador y protagonista librarse del yugo y ojo censor de los espías que por distintos rincones del país sirven al gobierno e intentan detener cualquier conato de acto revolucionario. También es él quien, en un momento inicial de la campaña liberal, revela que entre los soldados

antiguos y los inexpertos hay una distancia insalvable, la que genera en los primeros conocer ya los horrores y terrores abismales que trae consigo la guerra.

Los ojos y el ánimo contrariados de Peralta, además, dan a conocer prácticas de saqueo y robo a los pobladores, habituales entre la soldadesca —sea de uno u otro color político—, normalizadas y permitidas por los mandos. Podría decirse, incluso, que casi se siente en carne propia la exposición a la dureza del medio, pues los parajes de la región norte y sur de Santander son descritos sin minimizar un ápice sus agrestes condiciones. Los curas y su servicio armado a la causa, principalmente la del gobierno, también aparecen en estas memorias. Todo lo anterior, más que hallarse escrito a modo de una relación pormenorizada y fría, se revela en las páginas a manera de una aventura de crecimiento y formación —alrededor de la condición y realidad humanas— que la guerra civil hace posible.

No debe olvidarse, además, la muerte que silencia, apaga, ciega e invisibiliza tantas vidas sencillas y anónimas, en las que el narrador se detiene y que intenta rescatar de la peste del olvido. Por su parte, *Memorias de la Guerra de los Mil Días* (1982) está concebido desde el comienzo para que el lector lo perciba como un nuevo y detallado in-

forme, legitimado por la experiencia directa del autor en los acontecimientos que refiere, pero siempre presentándolos con una escritura muy contenida, aséptica, distante, casi se diría que despojada de pasiones.

Tiene, sí, pasajes dedicados a grandes personalidades del acontecer de la confrontación bélica, mostrándolos poseedores de cualidades y capacidades extraordinarias y singulares que justifican la admiración que despiertan entre sus subalternos. Aunque, de igual forma, hay un acerca-

miento a las rencillas, los malentendidos y los odios o enojos que fragmentan y fragilizan la anhelada unidad partidista, por lo que estas memorias de Caballero constituyen un recurso inestimable a la hora de recomponer las tensas piezas del rompecabezas que fue la guerra. En este caso, entre los líderes revolucionarios liberales aparece como real y verdadera la desconfianza respecto a las figuras máximas del partido, las que coordinaron los destinos del país en la época federal y que no respaldaron la opción armada, prefiriendo la negociación con un gobierno que les había cerrado toda posibilidad política de incidir en el rumbo del país.

Se relatan las batallas, pero despojadas de toda excitación o desborde emotivo. Hay un acercamiento a las gestiones diplomáticas emprendidas por su autor para ganar el apoyo de los gobiernos del escenario andino y centroamericano a la causa liberal, y en estos apartados puede

En *Emociones de la guerra* (2008), el tono que asume Max Grillo para relatar la campaña liberal en la región de los santanderes, que ocupa el último tercio del año 1899 y hasta mediados del siguiente, lo revela como un hombre de letras más que como un hombre de la arena política.

el lector irse haciendo a una idea de la internacionalización del conflicto. Así mismo, las páginas de estas *Memorias de la Guerra de los Mil Días* se explayan en relatar las campañas militares emprendidas en las demás regiones del país como Panamá, Cauca y la costa. Siempre atento su autor al rumbo que siguiera en tales escenarios la persona de Benjamín Herrera.

Hay, también, y de forma mucho más visible que en las memorias de Grillo, todas aquellas marcas distintivas, rúbricas, que María Teresa Uribe de Hincapié señalara para «Las palabras de la guerra»: argumentos presentados como insoslayables e indiscutibles para alzarse en armas contra el gobierno, desde la inconstitucionalidad del mismo hasta la amenaza flagrante a la dignidad y humanidad cuando yacen bajo un poder tiránico; hallándose también estrategias para conmover y alinear al lector hacia cierta orilla, como cuando alude a las virtudes excelsas de ciertos líderes de los ejércitos y del partido político liberal, resaltadas o destacadas en el momento mismo en que las personalidades cimeras del partido político conservador y del ejército gobiernista dan muestras inocultables, con sus acciones, palabras y comportamientos, de aquello que resulta a todas luces antítesis de una vida virtuosa.

Por último, deben señalarse motivos disímiles para llevar a imprenta estos recuerdos y experiencias de la guerra civil que fue crepúsculo para un siglo y alba para el siguiente. Mientras un joven Max Grillo, buscando que el

espíritu enardecido, sectario y ciego que en muchas ocasiones movilizó y justificó las acciones de ambos bandos en la guerra, se pueda confrontar al adentrarse en las páginas de su libro, expresa:

Escribo con el ardor de una sangre que todavía es joven, pero me absuelvo a mí mismo del calificativo de apasionado. No deseo polémicas sobre la materia de este libro. Ojalá que, a pesar de referirse a acontecimientos recientes, se le hallase sereno (Grillo, 2008, p. 22).

En lo que a Lucas Caballero se refiere, un político liberal septuagenario, su motivación principal era controvertir lo que Joaquín Tamayo, un connacional, manifestó a propósito de este conflicto en *La revolución de 1899*, obra publicada en aquella década de los treinta del siglo pasado. Este interés por polemizar revela lo que el escrito de Caballero constituye —y a su vez, cualquiera de naturaleza similar al suyo—: esfuerzos y gestos por participar de la construcción de la memoria en torno a un hecho o proceso que se considera de significación colectiva. Por lo que la memoria, en sentido estricto, se revela como un campo de batalla y de tensiones. Y el pasado, entonces, no se percibe jamás como algo muerto; por el contrario, se le asume y siente como algo vivo y activo.

IV

Para los lectores contemporáneos tal vez resultaba de lo más normal y natural, pero los que en este tiempo se acercan a estas memorias de Caballero y de Grillo se harán, en uno u otro momento, la pregunta: ¿y las mujeres no estaban participando en la guerra? Lo cierto es que, como lo afirmara el historiador Carlos Eduardo Jaramillo, no era tan fácil reconocer la presencia de las mujeres en las con-

tiendas bélicas del siglo XIX, si bien ellas sí habían estado participando de múltiples formas: como enfermeras, espías, informantes, cocineras, proveedoras de suministros, amantes ocasionales y hasta integradas a la soldadesca o en ejercicio de rangos militares (esto último, exclusivamente en el caso de las guerrillas liberales, ya que del lado conservador habían normas estrictas que prohibían a las mujeres involucrarse en los ejércitos, si bien a lo largo del siglo se presentaron algunas excepciones). De todas formas, el hecho de que estos testimonios, las historias y en general las narrativas alrededor de las guerras civiles fueran obra de hombres, sí representó en gran medida que las mujeres fueran objeto de alusiones esporádicas y aisladas (Jaramillo, 1995).

Redescubrir a las «juanas, cholas o rabinas» y, en general, a las mujeres en la turbulencia de la historia política decimonónica ha sido, sin dudarlo, un acierto de gran valor historiográfico y, aún más, de naturaleza e impacto social y cultural. En los textos de Grillo y de Caballero, sin embargo, solo es posible advertir a las mujeres fugazmente y, en su mayoría, como fuentes de sentimientos románticos experimentados por los autores o aquellos personajes que

Para los lectores contemporáneos tal vez resultaba de lo más normal y natural, pero los que en este tiempo se acerquen a estas memorias de Caballero y de Grillo se harán, en uno u otro momento, la pregunta: ¿y las mujeres no estaban participando en la guerra? Lo cierto es que, como lo afirmara el historiador Carlos Eduardo Jaramillo, no era tan fácil reconocer la presencia de las mujeres en las contiendas bélicas del siglo XIX.

de reconocimiento y comprensión el volver sobre estos y otros textos autobiográficos con la perspectiva de pintar un cuadro social y cultural cada vez más complejo y rico en lo que a la guerra y su papel en la construcción nacional y estatal se refiere.

van llenando las páginas de sus relatos autobiográficos. Salvo en *Emociones de la guerra*, donde aunque pocas y muy breves, también puede verseles acompañando hombro a hombro a los hombres en los combates y hasta colaborando en la suerte o destino de los mismos, aunque en estos casos siempre de manera anónima.

Dentro de las preguntas que implican esta revisión a las memorias de la guerra, cabe entonces plantear una que se centre en indagar por los demás actores sociales que, por una u otra causa, terminaron por sumarse a la contienda y cómo fue que lo hicieron. Aunque no tan visibles en los relatos, por razones en buena medida ya mencionadas, lo cierto es que constituyen una aventura

E Y si bien ello representa, en palabras de María Teresa Uribe de Hincapié, «una búsqueda perpetua», no debe desanimar; por el contrario, que se convierta en premisa y circunstancia que mantenga alerta y renovadas las fuerzas y el intelecto. Si para el caso colombiano la guerra no fue la excepción de la vida política, sino una más de sus expresiones, es ahora más que lícito interrogarse si las narrativas elaboradas en torno a las guerras decimonónicas siguen operando, con imágenes, sentimientos y argumentos que no han sido explorados crítica y razonadamente, constituyendo un acervo de herencias imaginarias e identitarias para la sociedad colombiana que se aboca, en pleno siglo XXI, a pensar y proyectar su presente y futuro tras el flagelo de la confrontación armada y las violencias.

En el caso de estas narrativas autobiográficas, como en su momento propusiera para el campo historiográfico Germán Colmenares (1987) —en cuanto a las historias de la independencia forjadas en el siglo XIX—, el llamado es a que la academia y los demás sectores de la sociedad se vuelquen a confrontar y desnaturalizar estas visiones que han aprisionado el conocimiento y la comprensión del pasado común y que, hasta nuestros días, inciden en la visión que individuos y comunidades se hacen del presente y cómo actuar en él. Si algo pueden mostrarnos y enseñarnos estos ejercicios de memoria de Caballero y Grillo es que las tensiones y los conflictos no solo ocurrieron en los campos,

en la ruralidad o a través del humo de cañones, el rugir de las balas o por el uso de otras armas; también en el escenario simbólico de la letra impresa ha habido y hay mucho por interpelar y reflexionar, por convertir en acto crítico, consciente, esclarecedor y propositivo.

Referencias

- Caballero, L. (1982). *Memorias de la Guerra de los Mil Días* (3.ª ed.). El Áncora Editores.
- Colmenares, G. (1987). *Convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Tercer Mundo Editores.
- Garrido, R. (2007). Caballero, Lucas. En *Gran Enciclopedia de Colombia* [dirección del proyecto por Fernando Wills Franco, volumen 16] (págs. 125-126). Círculo de Lectores, El Tiempo.
- Grillo, M. (2008). *Emociones de la guerra: relatos de la Guerra de los Mil Días en el Gran Santander*. Universidad Industrial de Santander.
- Jaramillo, C. E. (1995). Mujeres en guerra. Participación de las mujeres en los conflictos civiles. En M. Velásquez (Dir.), *Las mujeres en la historia de Colombia* (págs. 359-386). Norma, Presidencia de la República.
- Jursich, M. (2007). Diarios, memorias y autobiografías. En *Gran Enciclopedia de Colombia* [dirección del proyecto por Fernando Wills Franco, volumen 9] (págs. 25-44). Círculo de Lectores, El Tiempo.
- Patiño, C. A. (Dir.). (2010a). Las nueve guerras desde la Guerra de Independencia. En *Colombia: 200 años de identidad, 1810-2010* (págs. 35-36). Universidad Nacional de

- Colombia, Revista Semana.
- Patiño, C. A. (Dir.). (2010b). Mil días que marcaron un siglo. En *Colombia: 200 años de identidad, 1810-2010* (págs. 38-39). Universidad Nacional de Colombia, Revista Semana.
- Rodríguez, I. (2008). Libros colombianos raros y curiosos. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 11(1), 88-96. https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/4068/4252.
- Romero, J. L. (2008). *La vida histórica*. Siglo XXI.
- Uribe de Hincapié, M. T. (2004). Las palabras de la guerra. *Estudios Políticos*, (25), 11-34. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudiospoliticos/article/view/1397/1457>.
-